

gniar á los otros, y apénas trascurrido el tiempo preciso del luto, fui á ofrecer mis servicios al rey de Tsi. Este príncipe, sumido en las delicias de una corte voluptuosa, no daba importancia alguna á la virtud, y ni siquiera quiso escucharme. Segundo motivo de desconsuelo.

» Tenia algunos amigos en la patria, y me habia hecho con otros en los países recorridos. Me lisonjé de que alimentaban hácia mí los sentimientos que en ellos habia creído; fui á visitarlos uno tras otro, y los hallé á todos cambiados. En vez de las demostraciones de afecto que aguardaba, no recibí sino frialdad, indiferencia y desprecio. Tercer motivo de desconsuelo.

» Ahora voy al mas reciente y cruel. Tenia de mi matrimonio un hijo; este indigno, en vez de estarse á mi lado para ayudarme, para consolarme en mis desgracias, corre ahora el mundo contra mi voluntad; va diciendo no tener padre ni madre y que perecieron pasando un río... Esta última noche se han agolpado á mi mente todas mis desventuras con los mas negros colores. ¡Cómo! decia entre mí con el mas profundo sentimiento de dolor; yo queria ser un sabio, queria enseñar á los demas el arte de hacerse tales tambien ellos; creia haberme levantado por cima de las debilidades de la humanidad, y no he llenado siquiera los mas ordinarios deberes del hombre. No he sido buen hijo, porque abandoné á mis padres en ocasion en que tal vez tenian necesidad de mi ayuda y que yo me hallaba en estado de serles útil; ni buen ciudadano, si nada he hecho por la patria ni por la sociedad; ni buen padre de familia, habiendo descuidado la educacion de mi hijo, al cual no he sabido dirigir é inspirarle los primeros sentimientos que son comunes á todos los hombres. La idea horrible que he formado de mí considerándome bajo estos diversos puntos de vista, me hizo odiosa la vida, y he venido aquí para terminarla.»

Cung-seu le respondió enternecido: « Por mas grandes que sean los errores de un hombre, el mayor es el de sucumbir á la desesperacion; todos los demas pueden repararse; este es irreparable. Vos os habéis extraviado desde los primeros pasos que disteis en la vida; tomásteis un falso camino creyendo seguir el que conduce á la sabiduria. Era necesario empezar por ser hombre cuerdo, antes que sabio; porque no podria uno llegar á sabio, sino despues de haber llenado con exactitud un deber impuesto por la naturaleza á todos los hombres. Amar y servir á aquel de quien recibisteis la vida era la mas esencial de vuestras obligaciones; la habéis descuidado, y precisamente de esta negligencia provinieron todas vuestras desdichas. No creáis, sin embargo, que todo esté perdido para vos; tomad ánimo, y procurad convenceros de una verdad que la experiencia ha hecho indispensable. Mientras un hombre goza de la vida, de nada debe deses-

perar; puede pasar de improviso desde el mas profundo dolor al júbilo mas extremado, desde la mayor desgracia á la mas alta felicidad. Recobrad el ánimo, volvéos á casa, y como si empezáseis hoy á conocer el precio de la vida, empleaos en sacar partido de ella á cada instante. Todavía podéis llegar á ser sabio.»

Dirigiendo en seguida el filósofo la palabra á los que le seguian, les dijo: « Lo que habéis oído de boca de este hombre es una excelente leccion para vosotros: reflexionadlo cada uno con relacion á sí propio.» Y volviendo á subir al carro, prosiguió su camino. Apénas habia pasado un instante, cuando varios jóvenes de la comitiva, presentándose á la ventanilla, lo saludaron profundamente, y se despidieron de él; sucedieron á estos otros, y cuando hubo llegado al término de su viaje, halló que trece de los que habian querido acompañarlo lo habian dejado para ir asistir á sus padres y cumplir á su lado con los deberes de la piedad filial.

Cung-seu se presentó al rey de Tsi, quien lo acogió con mucha consideracion; pero esto fué todo lo que aquel príncipe ligero hizo por de pronto por instruirse en la sabiduria. Cumplia un año desde que el filósofo se hallaba al lado del rey de Tsi, sin que este pensase en reformar la administracion de sus estados, y creia que el tratar regiamente al sabio, era cuanto se podia aguardar de él. Aun le ofreció el dominio de una ciudad de tercer orden, el cual rehusó Cung-seu, diciéndole no haber prestado ningun servicio que mereciese tal galardón. Algun tiempo despues insistió el rey y el filósofo rehusó nuevamente. Sus discípulos se llenaron de maravilla, y algunos se permitieron decirle: « Maestro, ¿esta obstinada repulsa de parte vuestra no nacerá de soberbia? » El maestro les respondió que se equivocaban, que no le conocian á él ni al rey de Tsi, y que no habia venido cerca de este por interes personal. Todos los discípulos bajaron los ojos, y ninguno se atrevió á replicar.

Suscitáronse por entónces turbulencias en el reino soberano de Cheu. Habiendo muerto el rey King-vang despues de haber designado por sucesor al mas jóven de sus hijos, fué este destronado y muerto al cabo de algunos dias por uno de sus hermanos, que tomó su puesto al instante. Semejante acontecimiento impidió á Cung-seu trasladarse al Cheu, como habia proyectado, y permaneció en el reino de Tsi. Creció allí de tal modo el número de sus discípulos que el rey le asignó una habitacion mas espaciosa. « He sabido con placer (le dijo) que vienen de todas partes á consultaros y á aprender de vos. Os es necesario un alojamiento mas cómodo y vasto que el que ocupáis; os será facilitada de mi orden una de las casas reales, en la que podréis habitar y recibir á cuantos vengán á visitaros.»

Un día que se entretenian juntos familiarmente, vinieron á entregar al rey los pliegos

del enviado que mantenía en la corte del rey de Cheu. Haciale saber este enviado que el fuego del cielo habia consumido una de las salas de los abuelos de su majestad imperial, y que todos se hallaban en consternacion. No habiendo dicho el enviado de cuál de los antiguos reyes soberanos era la sala que habia sido consumida por el fuego celeste, preguntó el rey al filósofo de cuál podria ser: « No hay que dudar (respondió este) que es la sala particular de Li-vang. — ¿Por qué? (repuso el rey). — Ved aquí mis razones (contestó el filósofo). En tanto que los señores de la tierra se hallan en estado de dañar, un mal entendido respeto y un temor servil cierran todas las bocas acerca de sus defectos; pero el Cielo, tarde ó temprano, da señales de su enojo contra la infraccion de sus leyes. Li-vang era un mal príncipe; abolió la mayor parte de las instituciones de Ven-vang; es el primer emperador que se ha atrevido á gastar vestidos de color amarillo ricamente adornados; el primero que ha edificado extensos palacios, elevados y de espléndida arquitectura; el primero que ha adornado sus habitaciones de precioso mueblaje; que ha tenido carros esculpidos, tirados por caballos magníficamente enjaezados; el primero, en una palabra, que ha introducido en la corte de los emperadores un lujo de que los sabios príncipes de la virtuosa antigüedad se hubieran sonrojado. Haciendo caer el rayo sobre el lugar destinado á las ceremonias respetuosas en honor de Li-vang, quiso el Cielo dar á entender á los hombres que tal soberano no era digno de los homenajes que se le tributaban; quiso ademas hacer entrar en sí mismos á los otros soberanos que pudiesen sentirse tentados á imitarlo.»

El rey nada replicó, y habló de otra cosa; pero despues que se despidió del filósofo, despachó secretamente un correo para informarse de la realidad del suceso. Trajo este la noticia de que efectivamente habia sido la sala de Li-vang la que habia consumido el fuego. Al oír esto el rey quedó sumido en meditacion; despues dijo á los que le rodeaban. « Felicitadme por la adquisicion de un inestimable tesoro; poseo en la persona de Cung-seu el mas grande hombre del imperio. No es un hombre ordinario, sino un filósofo que ha llegado al colmo de la sabiduria; es un verdadero santo. Ve las cosas que acontecen léjos, como si las tuviera bajo los ojos.»

Habia llegado el hijo de un grande del reino de Lu, porque el padre se lo habia recomendado antes de morir, á hacerse discípulo de Cung-seu. Sabiendo que su maestro tenia deseo de ir á ver los monumentos de la capital del imperio, tomó á su cargo el obtener al efecto el beneplácito de los reyes de Tsi y de Lu, el último de los cuales le escribió: « Para contribuir en algun modo á que viajéis mas cómodamente vos y vuestro maestro, os mando un oficial que se pondrá á vuestras órdenes y un

carro de dos caballos. Mantenéos bueno.» Partieron, pues, acompañados del oficial que les habian dado por escolta.

Llegado que hubieron á la capital del imperio, salió á recibirles el sabio Chang-ung, músico filósofo, que quiso darles hospedaje. Condujo despues á Cung-seu á la corte, y lo presentó en ella á un antiguo ministro de Estado, el cual lo escuchó atentamente y le interrogó acerca de su doctrina y de su modo de enseñar. « Mi doctrina (respondió Cung-seu) es aquella que deben seguir todos los hombres, es la doctrina de Yao de Chun. En cuanto á mi modo de enseñar, es sencillísimo: cito, por ejemplo, la conducta de los antiguos; aconsejo la lectura de los libros sagrados (*King*), y exijo que cada uno se habitúe á reflexionar sobre las máximas que allí se encuentran.» Y el ministro: « ¿Por dónde empezaré para adquirir la sabiduria? Decidme alguna cosa que pueda retener y practicar fácilmente. — Me pedís mucho (contestó el filósofo). Tened bien presente las proposiciones que voy á sentar, que tendréis quizá ocasion de sacar de ellas provecho. Despedázase el acero, por mas que sea duro; lo que parece mas sólidamente constituido suele ser a menudo mas fácil de destruir. El hombre soberbio se sobrepone á los demas, y cree que todo le es debido; los otros, por el contrario, lo colocan en el último lugar y no le conceden nada. El hombre demasiado complaciente, que todo lo otorga para tenerlo todo, se ve arruinado por su propia facilidad. Estas máximas, por triviales que parezcan, pueden conducir al mas alto grado de sabiduria á aquellos que, despues de haber penetrado su sentido, se regulan segun lo que por ellos se indica.»

Vivia entónces en la corte de King-van un personaje distinguido, conocido bajo el nombre de Lieu-ven-cung. Preguntó al huésped de Cung-seu quién era aquel filósofo recientemente llegado del cual se decia tanto bueno. « Es un hombre (le respondió Chang-ung) con quien no podrá parangonarse ninguno en nuestros dias. Su fisonomia denota el mas alto saber; sus ojos son como dos torrentes de luz; su estatura de seis piés y siete pulgadas; largos los brazos, el cuerpo un tanto encorvado. No tienden sus palabras mas que á inspirar la virtud; se asemeja á los sabios mas distinguidos de la alta antigüedad; no se desdena de aprender de aquellos que son menos sabios y adocinados que él; aprovecha todo cuanto se le dice; procura restituirlo todo á la sana doctrina de los antiguos; formará la admiracion de todos los siglos, y será reputado como el modelo mas perfecto sobre que sea posible formarse.

— Pero (interrumpió Lieu-ven-cung) ese hombre, segun vos tan perfecto, ¿qué cosa dejará de sí que pueda formar la admiracion de los venideros? — Si se perdiesen las hermosas instituciones de Yao y de Chun (replicó Chang-ung), si se olvidasen los sabios reglamentos de los primeros fundadores de nuestro imperio, si

las ceremonias y la música vinieran á desnaturalizarse y corromperse, si los hombres se desnaturalizasen completamente, la lectura de los escritos de Cung-seu los llamaria de nuevo á la práctica de sus deberes, y haria revivir en su memoria lo que los antiguos han sabido, enseñado y practicado mas útil y digno de conservarse. »

Refirióse á Cung-seu este magnifico elogio, y dijo : « Es excesivo y yo no lo merezco en manera alguna. Bastaba con decir que sé un poco de música y que procuro no faltar á ninguno de los ritos. »

Hallándose Cung-seu en la capital del imperio, deseó ver los lugares augustos destinados especialmente á honrar al Cielo y á rendir homenaje á los antepasados de la familia imperante. Conducido al templo de la Luz (Ming-tang), examinó todo con la mas escrupulosa atencion ; quiso asistir á las ceremonias para comparar lo que se practicaba entónces con lo que se usaba en los tiempos antiguos. Allí le causaron principalmente impresion las pinturas que representaban á los antiguos reyes y emperadores. Hallábanse indiferentemente colocados en las paredes laterales los retratos de los principes buenos y malos. Viéndolos confundidos de aquella manera, exhaló Cung-seu un profundo suspiro volviéndose á los discípulos que lo habian seguido, y les dijo : « Ved ahí los retratos de Yao y de Chun en el mismo lugar que los de Hie y de Cheu, y unos y otros fueron emperadores, único punto de semejanza entre ellos. Los primeros han sido los predilectos del Cielo y las delicias de los hombres ; los segundos, por el contrario, han sido odiosos al cielo, detestados y mirados con horror por los mortales, porque aquellos respetaron al Cielo, instruyeron é hicieron felices á los hombres, y estos despreciaron al Cielo, é hicieron todo el mal que pudieron á los hombres. »

Quiso Cung-seu ver tambien la sala particular en que se rendia homenaje á Eu-si, reconocido por cabeza de la estirpe de Cheu, ó primero entre los ascendientes de esta, y pidió permiso para ello, el cual obtuvo al instante. Á un lado de la sala, en el atrio que conducia á ella, habia una estatua de oro, de figura humana, puesta sobre un pedestal ; tres agujas atravesaban á la vez sus dos labios para tenerlos siempre cerrados ; su espalda estaba cubierta de caracteres chinos, que expresaban :

« Antiguamente los hombres eran circunspectos en los discursos ; es menester imitarlos. No hablar demasiado, pues hablando demasiado, se dice siempre alguna cosa que no se deberia decir.

» No abarquéis demasiadas ocupaciones ; los muchos negocios arrastran consigo muchos disgustos, ó á lo ménos cuidados. No os metáis mas que en aquellos que sean de indispensable deber.

» No busquéis la demasiada alegría ni la demasiada tranquilidad, porque el andarlas bus-

cando es ya una pena y un obstáculo á la quietud.

» Guardáos de hacer cosa de que debáis presto ó tarde arrepentiros. No descuidéis poner remedio al mal, por pequeño que os parezca ; un pequeño mal descuidado crece poco á poco y se hace grandísimo.

» Si no procuráis evitar que se os hagan pequeñas injusticias, os hallaréis en breve en el caso de usar de todo vuestro saber para resguardaros de ofensas mayores.

» Al hablar y al obrar, no creáis, aun cuando estéis solo, no ser visto ni oido ; los espíritus son testigos de todo.

» Un fuego escondido por largo tiempo se hace un incendio difícil de extinguir ; un fuego cuya llamarada aparece á la vista, fácilmente se apaga. Muchos arroyuelos unidos forman un rio ; muchos hilos juntos forman una cuerda, que no se puede romper sino con trabajo.

» Un árbol jóven que no tenga todavía profundas raíces, se puede arrancar con facilidad ; necesitará usar de la segur el que lo dejare crecer.

» Pueden salir de la boca dardos agudos que hieran, fuego ardiente que devore ; una vigilancia extremada puede poner obstáculo á los dardos y al fuego, é impedir que dañen. No os persuadáis de que un hombre á quien haya cabido en suerte la fuerza, pueda, sin arriesgar la vida, exponerse á todos los peligros ; el fuerte encuentra á otro mas fuerte que lo abate.

» Aseméjase á los bandidos el que odia á sus propios y legítimos señores ; se coloca al nivel de la vil gentualla el que murmura contra aquellos que gobiernan justamente. No se resiste al soberano mas que cuando exige demasiado ; se le obedece sin dificultad cuando se contenta con poco.

» Los hombres comunes, ó mejor dicho, el comun de los hombres, no son de los primeros á hacer lo que todavía no ha sido hecho, ni á formar designios para una empresa ; no hacen mas que aquello que ven hacer y necesitan de modelos. Viendo con frecuencia hombres circunspectos y respetuosos, hombres virtuosos é instruidos, se harán tales ellos tambien, y serán á su vez imitados por los otros.

» Tengo cerrada la boca, no puedo hablar ; en vano se me propondrian dudas ; yo no las resolveria. Por mi parte no tengo que preguntar. Mi ciencia, aunque oculta, no es por esto ménos real. Aun cuando yo me hallo en un estado elevado, los hombres no pueden dañarme. ¿ Quién de vosotros puede decir otro tanto ?

» El Cielo no tiene parientes ; trata igualmente á todos los hombres.

» Por llenos que estén los rios y el mar, reciben las demas aguas y no se desbordan.

» Cuanto has leído merece las mas serias reflexiones. »

Habiendo leído Cung-seu en alta voz esta antigua inscripcion, se llenó de placer. « Considero las instrucciones que contiene (dijo á los

que estaban á su alrededor) como un resumen de lo que puede decirse de mas útil, y estoy persuadido de que el que ponga en práctica cuanto enseñan, no estará lejos de la perfeccion. Procuraré sacar provecho de ellas ; haga cada uno otro tanto. »

Quería ver Cung-seu todo lo que concernia á la antigüedad en la capital del imperio. Ansioso de instruirse de los ritos que se practicaban entre los Cheu, y de observar por sí mismo hasta qué punto se habia alejado de las antiguas instituciones, se hizo introducir en la sala en que los reyes de Cheu rendian homenaje á sus abuelos. Los mandarines encargados de la guarda de aquellos lugares respetables lo invitaron á sentarse en la sala externa en el mas honroso asiento, cual le era debido como extranjero. Cung-seu les dirigió algunas preguntas, y quedaron atónitos de su profundo conocimiento en las antiguas tradiciones y de la sabiduría de sus discursos.

El filósofo de Lu continuó tomando lecciones de música de su huésped, afamado en este arte. Hallábanse entre los Cheu hacia mas de un año sin haber podido ver todavía á aquel hombre célebre que la fama anunciaba por do quiera como extraordinario, cuya conducta y máximas eran de un género enteramente aparte de lo que hasta entónces se habia oido y visto ; era el famoso Lao-seu. Este filósofo, fundador de la secta del Tao, estaba retirado en la soledad ; adonde Cung-seu fué á buscarlo acompañado de varios de sus discípulos.

Un dia, habiéndolo sorprendido sus discípulos contemplando atentamente el curso de un rio, no pudieron ménos de manifestarle su maravilla : « Maestro (le dijo Sou-cung), ¿ qué utilidad se puede sacar de contemplar el curso de la aguas ? ¿ no es cosa del todo natural ? — Decís bien (les respondió Cung-seu) ; el correr de las aguas en el cauce que la naturaleza ó la mano del hombre han abierto, es cosa sencilla en extremo, y todos pueden conocer la razon de ella ; pero lo que no todos conocen es la semejanza entre las aguas y la doctrina ; á este parangon tenia yo aplicado el ánimo. Las aguas, decia entre mí, corren de continuo, corren de dia, corren de noche, hasta haberse reunido con todas las demas en el seno del vasto mar. Desde Yao y Chun en adelante, la sana doctrina continuó fluyendo sin interrupcion hasta nosotros ; hagámosla correr tambien nosotros para trasmitirla á aquellos que vengan despues, los cuales, á nuestro ejemplo, la trasmitirán á sus descendientes, y así sucesivamente, hasta el fin de los siglos. No imitemos á aquellos hombres aislados, sabios tan solo para sí propios. Estas son las reflexiones que yo iba haciendo al mirar la corriente de estas aguas ; ¿ no os parece que se puede sacar utilidad de ello ? Pensadlo seriamente. »

Este modo indirecto de instruir á sus discípulos era familiar á Cung-seu, el cual no dejaba de hacer uso de él cada vez que se le presen-

taba ocasion. Estaba persuadido de que las lecciones dadas sin que pareciese darlas eran siempre mejor acogidas y de mas aprovechamiento que las que daba con el aparato de un dogma ó precepto, porque entraban en el ánimo por los sentidos.

Antes de dejar el reino de Cheu quiso observar por menor lo que aun se conservaba en él de la virtuosa antigüedad. Habia en la sala del trono y al lado del trono mismo un cubo que servia para sacar el agua del pozo. Cung-seu, que sabia perfectamente á qué uso se aplicaba aquel cubo en los tiempos remotos de la monarquía, estaba dudoso de que se hiciese el mismo uso aun en sus dias. Dirigiéndose por tanto á los mandarines encargados de la custodia de lo que en aquel lugar respetable se conservaba, preguntó con qué fin se ponía junto al trono. Un oficial que mas que los otros se creía al corriente de las cosas antiguas, dió una explicacion que movió á sonrisa al filósofo, el cual, aproximándose entónces al pozo, dijo á aquel que tenia en la mano el cubo que lo descolgase suavemente ; pero como era ligerísimo, siendo hecho de aneas y juncos, no se llenó y quedó nadando en la superficie del agua, de donde fué retirado vacío. Con todo, Cung-seu mandó que se vaciase ; los espectadores atónitos respondieron, que no contenia nada. « Si así es (replicó el filósofo), es menester echar el cubo al pozo de otra manera. » Tomó uno de los circunstantes y lo arrojó desde lo alto del brocal de modo que se llenó de pronto y se fué á fondo. Mira Cung-seu al pozo y busca con la vista el cubo : « No lo veo (dice), ¿ dónde está pues ? — Hay mucha agua (le respondieron) y en vano os cansaríais la vista para descubrir el fondo. — Decís bien (replicó el filósofo) ; recogeré el cubo y voy á servirme de él para hacer yo mismo el mas importante experimento. » Recogiólo en efecto, y echándolo, lo hundió en el agua, ni con demasiada pausa, ni con excesiva fuerza ; y agitándolo moderadamente, llegó sin trabajo á llenarlo hasta tal punto que se mantuviese en equilibrio medio sumergido en el agua. « Ved aquí (dijo á los que le rodeaban y aguardaban con impaciencia el desenlace de aquella escena), ved aquí la imágen del buen gobierno y del justo medio en todas las cosas. Demasiada debilidad y demasiada violencia perjudican ; es menester unir firmeza á la moderacion... Antiguamente, al principio de cada reinado, se hacía una vez en presencia del soberano esta experiencia de que acabamos de ser testigos, y esta útil leccion se esculpía en su mente de un modo indeleble, porque el cubo puesto junto á su trono le renovaba constantemente la memoria. »

Habiendo visto Cung-seu cuanto apetecía ver en la corte de Cheu, deliberó regresar al lado del rey de Tsi. Cuando fué introducido en el palacio, asistia el principe á una academia en que se ejecutaba una pieza de música compuesta en tiempo de Chun, y cuya antigüedad

por consiguiente se remontaba á mas de 1,730 años : llamábase « Chao-io, ó sea mística que disipa las tinieblas del entendimiento, y afirma el corazón en el amor del deber. » Hizo tan profunda impresion en el filósofo que no pudo pensar en otra cosa por mas de tres meses, y los manjares mas exquisitos habian perdido para él todo sabor. Viendo luego que no podia restablecer en la corte del rey de Tsi las buenas doctrinas, resolvió volverse al reino de Lu, su patria, dejando en él de Tsi algunos discípulos para continuar su obra. El rey de Lu lo volvió á ver con satisfacción, pero sus ministros temieron la influencia que pudiera recobrar el sabio sobre su señor; por lo cual se esforzaron en evitarla. Idearon tenerlo lejos de la corte, ofreciéndole un mandarinato subalterno ó de expectativa. Varios de sus discípulos, enojados por la injuria que se hacia á su maestro, trataron de persuadirlo á que renunciase. « Yo me guardaré bien (respondió Cung-seu) : mi negativa pasaria por originada de orgullo. Pues que queremos enseñar á los otros la senda de la virtud, empecemos por entrar en ella nosotros mismos, y nos seguirán. »

Tuvo en breve el filósofo ocasion de dar otra leccion á sus discípulos. Habiendo salido juntos de la ciudad para darse al placer del paseo, encontraron junto al camino real á un cazador de reclamo, el cual despues de haber recogido las redes, distribuía en diversas jaulas los pájaros apresados. Cung-seu pareció embebido en observar los vanos esfuerzos que aquellos débiles prisioneros hacian para recobrar la libertad, y viendo á sus discípulos pendientes de lo que pudiese hacer, dijo al cazador : « Aquí no veo mas que pájaros jóvenes; ¿ dónde habéis puesto los viejos? El cazador respondió : « Son muy desconfiados paradejarse atrapar; lo miran muy bien antes de acercarse á la liga; y si echan de ver las redes ó las jaulas, lejos de caer en el garlito, no solo lo evitan, sino que huyen y no vuelven, y aun los jóvenes que van reunidos con ellos hacen lo mismo : solo cojo aquellos que se desmandan de la bandada. Si por casualidad cae alguno viejo, es porque ha seguido á los jóvenes. »

— « ¿ Habéis oido? (Se puso á decir Cung-seu á sus discípulos.) Las palabras del cazador nos sirven de amplio argumento de instruccion. Me limitaré á algunas reflexiones. Los pájaros jóvenes evitan las asechanzas, cuando no se separan de los viejos; los viejos dan en las redes cuando siguen á los jóvenes; lo mismo sucede entre los hombres. Presuncion, atrevimiento, falta de prevision, poco cuidado de sí mismo, son las principales causas de los tropiezos de los jóvenes. Envanecidos de su reducido mérito, apenas tienen alguna tintura de saber, cuando ya se figuran saberlo todo; apenas han ejecutado algunos actos de virtud de los mas comunes, se creen en el ápice de la mas alta sabiduría. Con esta presuncion no

dudan de nada, no vacilan acerca de ninguna cosa; emprenden temerariamente sin consultar á los sabios y á los viejos, se avanzan por falsa senda, la siguen con seguridad y sin la menor desconfianza; se extravían, se desorientan, y caen en el primer lazo que se les tiende. Entre los viejos ó de edad madura los hay que deslumbrados por tal cual chispa que á veces reluce en los discursos ó en la conducta de los jóvenes, ponen imprudentemente en ellos su confianza; piensan, hablan como ellos; los siguen, y se pierden en su compañía. No olvidéis lo que acabáis de oír. »

En otra ocasion, hallándose tambien en el campo con sus discípulos, vieron algunos hombres armados que se venian hácia donde estaban. « Son cazadores (dijo Cung-seu); quiero unirme á ellos para enterarme de este ejercicio en términos de poder yo tambien cazar cuando fuere menester. — ¿ Qué le ocurre decir á nuestro maestro? (interrumpió impetuosamente uno de los discípulos) ¿ es digna la caza de la atencion de un sabio? El tiempo, por lo ménos, que se emplea en ella, se pierde para la adquisicion de las ciencias y para el progreso de la virtud. — Todo es digno de la atencion del sabio (respondió Cung-seu), y no hay cosa en que no pueda ó no deba ocuparse. La caza ha sido una de las primeras ocupaciones de los hombres; por su medio han defendido el terreno de que sacaban su sustento, y lo han sustraído á la voracidad de los animales que lo devastaban : gracias á ella los mas ilustres soberanos de la remota antigüedad se aliviaban á intervalos de los pezosos cuidados del gobierno; gracias á ella puede el sabio dar algun reposo á su espíritu de las profundas meditaciones á que ha estado entregado, y tomar nuevas fuerzas para continuar con fruto sus fatigosos estudios; por ella, en fin, puede procurarse todo el mundo la preciosa ventaja de ofrecer á sus ascendientes en la sala destinada para honrarlos, animales muertos de mano propia, como está prescrito en el antiguo ceremonial. » Conforme iba hablando de esta manera, llegaron cerca de ellos los cazadores, y él se les unió con su consentimiento.

Para comprender bien las palabras del literato, es necesario recordar que, en los primeros tiempos del imperio chino, y aun en los de Yao y Chun, inmediatamente despues de la gran inundacion diluviana, habia tantas fieras y aves de todas especies, que el hombre se vió precisado á hacerles continua guerra para quedar dueño del terreno que habitaba, y sacar de este el sustento. Por largo tiempo dividió con los animales que eran los primeros ocupadores, el dominio de aquel terreno inculto que él debia mas adelante tan completamente transformar y poseer solo ó casi solo. Esta necesidad primitiva produjo una ley, por la cual se obligaba á los habitantes de la campiña á hacer una ó dos veces al año una ó dos cacerías en comun. Los soberanos fueron los pri-

meros á dar el ejemplo, y crearon cargos que tenian relacion con este objeto. Mas para dar mayor extension y eficacia á la ley, la cual en los primeros tiempos exigia la mayor puntualidad de observancia, fué sancionada por la religion, declarándose en el ceremonial que el mejor modo de honrar con ofrendas á sus antepasados era el de ofrecerles la caza muerta de propia mano. Este era el principal motivo que habia inducido á Cung-seu á ennoblecer de nuevo la caza á los ojos de sus contemporáneos, no obstante haber cesado las razones que la habian hecho recomendar en su origen.

Despues de doce ó quince dias de cacería, volvió nuestro filósofo á sus acostumbrados estudios. Habia emprendido la refundicion de los *King*; operacion que tuvo lugar entre los antiguos pueblos cuando los progresos de la civilizacion ó de las costumbres exigieron que los primitivos monumentos que habian formado el período orgánico de la sociedad, fuesen revisados y puestos en armonía con las nuevas luces y con las nuevas necesidades. Pero semejante trabajo fué mas una revision que una correccion; es decir, que los sabios que llevaron á efecto esta obra se limitaron á eliminar lo que se habia hecho inútil ó discordante de los progresos de la sociedad, sin añadir preceptos nuevos. La historia misma y la tradicion nos enteran de estas reducciones progresivas. Cung-seu redujo el *Chu-king*, ó libro de los Anales, de cien capítulos á cincuenta, el *Chi-king*, ó libro de los Versos, de tres mil odas á trescientas once. Las leyes de Manú, que todavia rigen á las grandes poblaciones de la India, fueron en un principio reveladas en doscientos mil versos, despues reducidas á doce mil, despues á cuatro mil, y finalmente su compilacion actual no comprende mas que dos mil seiscientos ochenta y cinco. Arregló, pues, Cung-seu los *King*; y en el *Y-king*, ó libro de las Mutaciones, puso mayor cuidado, porque era de mas importancia.

Habiendo muerto el rey de Lu, y habiéndose dejado gobernar su sucesor por ministros péfidos, dimitió Cung-seu su pequeño mandarinato. Tal dimision del sabio produjo gran sensacion en el público, é inquietó á los tres ministros que tiranizaban al pueblo. Resolvieron, por tanto, atraerse á un hombre tan universalmente estimado; pero no lo lograron. El filósofo continuó dándose asiduamente al estudio; levantábase muy de mañana, y acostábase muy tarde, y á excepcion de una hora ó dos de reposo hácia la mitad del dia, consagraba todo el resto del tiempo al trabajo solitario del bufete ó á la instruccion de los discípulos, cuyo número crecia considerablemente.

Hacia ya bastantes años que Cung-seu se habia vuelto á establecer en su patria, cuando resolvió visitar los diversos reinos que entonces componian el imperio, para juzgar de los progresos que pudiera haber hecho en ellos la sana doctrina de los antiguos, que intentaba

resucitar. Empezó por el estado de Chu, situado á los confines del Onan actual, y por consiguiente próximo al reino de Lu. Cuando llegó á aquel pequeño Estado, no se paró la atencion en él; únicamente las personas que conocia le dieron muestras de complacencia al verlo. Introdujéronle donde quiera que era permitido; presenció el fáusto de los grandes, la miseria del pueblo y el descontento universal : los antiguos ritos se hallaban casi completamente abolidos, las costumbres corrompidas, y el egoísmo en vigor. No fué menester mas para determinarlo á volverse atras. El reino de Tsi, que tambien se habia propuesto visitar, no se encontraba en mejor situacion; el rey, no solo no queria ser instruido de los negocios, sino que no podia soportar que le diesen la que llamaba enfadosísima cuenta de ellos. Perdió el tiempo el filósofo en recordarle ejemplos de sabiduría y de virtud; todo fué en vano. Entónces continuó estudiando y enseñando la sabiduría á algunos discípulos. Un dia que habian salido al campo, vieron á unos villanuelos que se ejercitaban en tirar al arco. Paróse Cung-seu por algun tiempo á considerarlos, y vuelto despues á los que lo acompañaban, dijo : « No se ejercitaban en semejantes juegos las gentes del campo en tiempo de los sabios principes de la alta antigüedad. Hoy dia todo el mundo quiere parecer guerrero. No por eso se hace mejor la guerra, y se cultivan peor los campos. Con todo, guerreros se necesitan; es un mal que se hace cada dia mas necesario. Á propósito de lo cual me vienen á la memoria aquellos hermosos versos del *Chi-king* :

« No se acierta, sino apurando derecho;  
No se gana, sino dando en el blanco. »

El rey de Tsi, que habia ido al reino de Lu, estaba de vuelta en sus Estados, y habiendo llegado ya á cierta edad, creyó Cung-seu que con nuevas tentativas llegaria á hacerle reformar su administracion, por lo cual decidió trasladarse nuevamente á su corte. Partió con algunos de sus discípulos, tomando la via de la célebre montaña de Tai-chan, en donde encontró todavia en vigor la mayor parte de las antiguas costumbres, cosa que lo colmó de alegría; y llegó en seguida al término de su viaje sin haber notado la fatiga.

Despues de uno ó dos dias de reposo, habiendo hecho lo que los usos requerian para obtener audiencia del rey, se presentó á él. Quedó estupefacto al encontrar que este se adelantaba hácia el ingreso del palacio, circundado de sus guardias y con el aparato de su grandeza : quedó aun mas cuando, empezando á hablar el rey, le dijo : « He sabido que habiais venido de vuestro reino á mis pequeños Estados, con el designio de verme y de serme útil; y os he salido al encuentro para testificaros mi reconocimiento. Esta solicitud de mi parte